



# a sublimación y el arte de enseñar

**Marta Cecilia Palacio Arteaga<sup>1</sup>**

<sup>1</sup> Profesora de cátedra. Coordinadora. Colegio de Psicopedagogía. 2022. Facultad de Educación. Universidad de Antioquia. Estas líneas son el fruto del trabajo de Cártel realizado durante el año en curso en el Colegio en cuestión. En el marco de las enseñanzas legadas por Jacques Lacan la unidad de trabajo denominada cártel hace alusión esencialmente a un grupo de estudio constituido por tres o cinco integrantes y un coordinador que tiene como función moderar el trabajo grupal. En este orden de ideas, es menester señalar que el cártel tiene como finalidad trabajar un aspecto particular de la teoría psicoanalítica, en el caso referenciado, la pregunta por la sublimación en diálogo con la praxis pedagógica. [marta.palacio@udea.edu.co](mailto:marta.palacio@udea.edu.co)

## Resumen

**T**eniendo en cuenta que el arte de educar, al igual que profesiones como gobernar y psicoanalizar son tres tareas que tienen que ver con el malestar o el sufrimiento inherente a la casa interna de todo ser humano, el trabajo en cuestión tiene como propósito esencial señalar la relevancia que cobra en el campo cultural y la praxis pedagógica el mecanismo de la sublimación, vale decir, vía por excelencia para gobernar y hacer compatibles los impulsos agresivos y sexuales con la vida.

A J. G. U.  
*Mi testimonio de gratitud*

Para comenzar, digamos que si bien el término «sublimación», introducido por el padre de la teoría psicoanalítica Sigmund Freud, evoca palabras como sublime, que en el campo de las bellas artes hace alusión a una obra que sugiere grandeza, magnanimidad, y en el campo de las ciencias fácticas, en particular en el mundo de la química, se emplea para designar el proceso que hace posible el tránsito de un cuerpo del estado sólido al gaseoso; en el ideario freudiano es considerado uno de los modos de defensa que tiene el Yo en el gobierno y domoñamiento de los excesos y desbordamientos de los impulsos sexuales y agresivos.

Así pues, un impulso sexual o un ímpetu agresivo es sublimado cuando el objeto y el fin de tal inclinación se desplaza de la satisfacción sexual a una finalidad social, ya sea artística, deportiva, musical, literaria. En este punto es menester tener en cuenta que la sublimación, amén de suponer la trasposición del fin sexual a otro no sexual, también supone el cambio de objeto. Es decir, para que el impulso sexual sea sublimado se requiere de un cambio en el fin y el objeto sexuales de la pulsión por otros no sexuales.

Cabe señalar que a la trasposición del fin y el objeto sexuales que supone la sublimación le es inherente la satisfacción del impulso, pero a diferencia de lo que produce el

mecanismo de la represión, la sublimación, además de proporcionarle al sujeto sensaciones de placer y bienestar, tal como acaece en actividades como el trabajo profesional e investigativo, la ciencia, el deporte, la literatura, la música, el arte, entre otras actividades, también contribuye al fortalecimiento y enriquecimiento de la comunidad humana. En suma, bien se podría intelecgr que la sublimación más que hacer alusión a una forma singular de satisfacción, psíquicamente supone realizar el tránsito de un tipo particular y singular de satisfacción sexual a otro de carácter no sexuado.

Remontándonos al río del tiempo, un ejemplo que ilustra bellamente la relevancia que cobra la sublimación para el ser humano y la cultura es el caso clínico del pequeño Hans, más conocido como el «caso Juanito», atendido por Sigmund Freud en los albores del siglo xx, específicamente en 1909. Juanito, Herbert Graf, tratado por Freud cuando a la sazón tenía 5 años, y cuyo síntoma fóbico era ser mordido por un caballo al salir a la calle, pasó a convertirse en músico y compositor de óperas que cobraron gran notabilidad y reconocimiento tanto en el orbe musical como en el campo del séptimo arte. Su conocimiento y habilidad en dirección escénica lo

**Un impulso sexual o un ímpetu agresivo es sublimado cuando el objeto y el fin de tal inclinación se desplaza de la satisfacción sexual a una finalidad social, ya sea artística, deportiva, musical, literaria.**

ubicaron en el siglo xx como uno de los realizadores y escritores más meritorios en el campo operístico. A tal punto, que una de sus últimas intervenciones la realizó en el legendario anfiteatro romano más conocido como la Arena de Verona, construido en el siglo I por el emperador Tiberio.

A partir del trabajo realizado sobre las «formaciones del inconsciente», Freud pudo develar cómo el miedo fóbico experimentado

por Juanito de salir a la calle y ser mordido por un caballo tenía como génesis su acrecentada ternura y el desmedido amor hacia la madre. Sentimientos que, sofocados bajo el efecto de la represión, se transformaron en angustia fóbica consciente. Si bien es cierto que las mociones sexuales y de deseo que habitaron el mundo infantil de Juanito se enuncian como pulsiones o inclinaciones incestuosas y sádicas dirigidas hacia la madre; voyeristas y exhibicionistas con relación a la fantasía de mirar y ser mirado por otros niños en el acto de evacuar las heces y la orina; masoquistas, expresadas en la necesidad de ser castigado por el padre como consecuencia de las mociones hostiles experimentadas frente a este; homosexuales, inclinaciones orientadas en particular hacia el padre y su primo, y, finalmente, pulsiones fálicas que dieron lugar a la actividad autoerótica de la masturbación, también es cierto que todas ellas fueron desplazadas hacia un nuevo objeto y modo de satisfacción no sexual; en este caso particular, la composición operística y la escritura prolífica de diversos libros y artículos atinentes a la creación artística. De este modo, se logró alcanzar uno de los propósitos fundamentales que la cultura impone a todo ser humano: adquirir una voluntad autónoma para regir sus impulsos sexuales y agresivos.

Llegados a este punto bien podríamos formular la siguiente interpelación: ¿Qué saberes nos dona el caso clínico de Juanito-Herbert Gray acerca del mecanismo de la sublimación? En primer lugar, se diría que el modo de satisfacción de los impulsos sexuales y agresivos tiene como característica esencial su singularidad en cada sujeto; de acá que el trabajo clínico como el quehacer pedagógico la tramita caso por caso; de otra manera, uno por uno. En segundo lugar, el trabajo psíquico que supone la sublimación ofrece como resultado un proceso de rectificación subjetiva en relación con un objeto y modo de satisfacción particular de los impulsos agresivos y sexuales, en tanto el sujeto aprende qué hacer

con estos, de un modo diferente. En la sublimación, el sujeto al inventar o crear nuevos objetos y formas de satisfacción logra, amén de construir un nuevo lazo social con el otro y el mundo, enriquecer su Yo. De este modo, el sujeto puede llevar a cabo el propósito que orienta la tarea civilizatoria de la cultura y alcanzar el quehacer pedagógico para domeñar o gobernar la pulsión.

En tercer lugar, la sublimación opera de modo diferente a la represión. Afirmar que la sublimación es sin represión (Jacques Lacan, en *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, 1964, p. 173) supone tener en cuenta que, mientras que en esta el Yo intenta desalojar violentamente los impulsos sexuales y agresivos, lo cual dará como resultado la exacerbación del síntoma, en la sublimación el Yo logra pacificar los impulsos sexuales y agresivos de muerte que se truecan fuerza inocua para el sujeto mismo, su semejante y la civilización. En otras palabras, la sublimación, al trascender las inquietudes y preocupaciones sexuales que atrapan al ser humano durante la infancia, permite que la pulsión sexual desplace libremente su quehacer hacia intereses y actividades culturales que enriquecen y dan trascendencia a la vida en sociedad. Ahora, si bien en la sublimación el Yo se hace dueño de casa, es decir, gobierna y desplaza hacia objetos y modos de satisfacción cultural sus impulsos sexuales y agresivos, también es cierto que estos pierden el carácter de sexuales, no obstante hallarse psíquicamente emparentados, parafraseando a Sigmund Freud. La sublimación supone un vasto trabajo del pensamiento inconsciente,

entendiendo por este el desplazamiento de una representación sexual hacia otra no sexual, lo cual supone renunciar a un objeto y modo de satisfacción particular. Proceso que en otros términos bien se puede denominar «trabajo de desexualización del pensamiento y la realidad psíquica», razón por la cual la sublimación se constituye en un mecanismo tortuoso y complejo que es resultado promimente del dispositivo analítico, así como de la praxis pedagógica.

Sublimación que, de igual forma, se puede ilustrar a partir de la construcción de bienes y propiedades inherentes al proceso cultural que tuvo como génesis el desplazamiento de deseos sexuales infantiles, en particular, las tendencias homosexuales convivientes en el ser humano.

En los albores de la humanidad, tal como lo devela la saga griega del mito de Prometeo, era costumbre que el hombre prehistórico apagara el fuego con el chorro de su micción. En correlación con uno de los mecanismos propios del sueño, la figuración por medio de símbolos, es posible inteligir cómo el fuego simbolizaba la pasión, el deseo, experimentados por el hombre enamorado: «la calidez que el fuego emana evoca el estado de excitación sexual y las llamas, por su forma y movimiento, recuerdan al falo activo» (Freud, 1979g, p. 176). Para el hombre primordial la extinción del fuego por medio de su chorro mingitorio develaba un goce homosexual experimentado con otro falo en forma activa o en estado de tumescencia. Siendo consecuentes con la hipótesis de trabajo que Sigmund Freud formula en su artículo de 1932 «Sobre la conquista del fuego», se diría que el hombre primordial

pudo acceder a él, y tras este, a la invención de plausibles conquistas culturales, tras resignar las tendencias homosexuales.

La conquista del fuego le representó al hombre primitivo una transformación en su economía pulsional, en particular, en cuanto al objeto y el fin de su satisfacción sexual, tal como lo significa la sublimación. Cambio económico de objeto y fin de la satisfacción sexual que supuso el desplazamiento de los impulsos sexuales hacia la organización cultural, a saber: los bienes materiales, las producciones psíquicas y espirituales superiores; finalmente, la regulación de los vínculos entre los seres humanos. *Grosso modo*, detengámonos por unos momentos en el análisis de los bienes formulados.

A la pregunta por los bienes materiales cabe señalar que la respuesta hace referencia a todos aquellos logros que han permitido al hombre protegerse y usar el poder de la naturaleza, y, mediante ello, mejorar sus condiciones de vida en el planeta Tierra. A guisa de ejemplo, la domesticación de los animales salvajes, la invención de instrumentos como lentes, el avión, el barco, el carro, el teléfono, la luz, la penicilina, el microscopio, el celular, el computador, la cámara fotográfica, los submarinos, los cohetes, entre otros.

Como segundo rasgo de la cultura se tienen las actividades psíquicas superiores. Huelga decir, científicas, artísticas, religiosas, morales, éticas, filosóficas, y las formaciones de ideales. Tan cultural resulta ser la domesticación de los animales salvajes, la invención del arado, las vacunas contra pandemias mortales, la incubadora, las madres canguro, el suero oral, los dispensadores de oxígeno y los métodos anticonceptivos, como una sinfonía, una ópera, un poema, una escultura, un libro.

Como tercera propiedad cultural aparecen las leyes que regulan el lazo social. Normas que, en el acaecer histórico, han pasado por dos momentos; en primer lugar, el imperio de la fuerza bruta; luego, la sustitución de la fuerza brutal por el Derecho. En cuanto al imperio de la

fuerza bruta, cabe señalar que en los albores de la humanidad el hombre que imponía el poder en la comunidad era aquel que poseía mayor monto de fuerza pulsional. Potencia que se hacía vida en las pulsiones o impulsos de meta activa como agredir o eliminar al semejante. Pero tras obtener el fuego, el hombre accedió a la experiencia de fabricar armas, inicialmente, lanzas y flechas; hoy son cohetes, misiles, bombas nucleares. Así pues, la invención de las armas para dirimir conflictos entre los seres humanos supuso el desplazamiento de la fuerza bruta, plasmada en el poder de los impulsos musculares, hacia al predominio de la capacidad de intelección, ahora al servicio de la voluntad de destrucción y aniquilación ampliada.

Llegados a este punto bien se puede entender cómo en el «estado de la violencia bruta» una minoría ejercía el poder sobre otros, bien fuese por la fuerza de los impulsos agresivos o por el predominio de las armas. Ahora, esta pequeña comunidad se contrapone, vía el ejercicio de la razón, al poder del individuo a partir del establecimiento de normas y ordenanzas, fundamentos del Derecho, en la categoría de bienes psíquicos superiores. En este sentido, la adquisición del Derecho le significó al hombre aprender a limitar desde afuera de su Yo las posibilidades de satisfacer sus impulsos agresivos, en tanto se careciera de dicho límite en su fuero interno.

La cultura, y con esta los bienes que le corresponden, son producto de la sublimación, incluso la forma en que se regulan los vínculos sociales en instancias como la familia, la escuela y el Estado. Bien se podría decir que la sublimación es hija y madre de la cultura. Entonces, tal como lo demanda el programa que orienta la pulsión de vida o Eros, todo

## En los albores de la humanidad, tal como lo devela la saga griega del mito de Prometeo, era costumbre que el hombre prehistórico apagara el fuego con el chorro de su micción.

sujeto debe aprender a moderar sus impulsos sexuales y agresivos, tarea que debe materializarse por medio de la educación.

A la sazón, la educación tiene dos finalidades esenciales: instruir y disciplinar. Por instrucción se ha de entender la suma de conocimientos y habilidades que hacen posible borrar en el recién llegado a la comunidad la «ignorancia amnésica», en el sentir del filósofo que la tradición griega nombra Platón.

Si nos remitimos al significado del término «disciplina», se tiene que etimológicamente proviene del latín *discipulus*, y hace relación al conjunto de reglas que posibilitan mantener el orden necesario que se requiere para llevar a cabo un aprendizaje. Si nos proponemos el análisis del término disciplina en el arte de enseñar, es menester tener en cuenta tres premisas que lo constituyen, a saber: discípulo, reglas, aprendizaje. Bien podría decirse que en el arte de enseñar aquel que ocupa el lugar de discípulo recibe la transmisión de normas y límites que, además de regular el lazo pedagógico, hacen posible la adquisición de un saber o aprendizaje. En este sentido, bien cabe formular la pregunta: ¿Qué es lo que se opera en el quehacer pedagógico que el discípulo requiera introyectar la disciplina y acceder a la transmisión de la norma y su límite?

Tal como se ha planteado, se puede pensar que la balanza que orienta el trasegar de todo ser humano está constituida por dos platillos que tienen el carácter de ser ambivalentes. Por un lado, se tendría el platillo del amor, la amistad, la solidaridad, la cooperación, la fraternidad... por el otro, el platillo del odio, con las sustancias que le son propias: el resentimiento, la cólera, la capacidad de destrucción y aniquilación, por nombrar solo algunas. Y es precisamente la presencia en todo ser humano de esta fuerza destructiva, denominada en el mundo griego pasiones arrasa-mortales; goce real o pulsión de muerte, en términos del orden psicoanalítico, las que le demandan a la educación como tarea insoslayable ser inhibidas, o bien, domeñadas y gobernadas. Así pues, profesiones como educar, gobernar, y, finalmente, psicoanalizar, son tareas que tienen como fundamento transformar lo real o imposible inherente al ser humano, es decir, transmutar las pasiones o mundo de las pulsiones que, en su sentir, el poeta Virgilio bellamente enuncia como «la flecha letal que está clavada en el flanco» (citado por Montaigne, 2007, p. 324).

El arte de educar mediante una praxis pedagógica tiene como propósito transmitir la ciencia, o un saber decantado de generación en generación, pues de ser cierto

**La conquista del fuego le representó al hombre primitivo una transformación en su economía pulsional, en particular, en cuanto al objeto y el fin de su satisfacción sexual, tal como lo significa la sublimación.**

que «si cada quien debiera adquirir de nuevo toda su postura frente a la vida, no existiría en este ámbito ningún progreso ni desarrollo alguno» (Freud, 1979c, p. 159), también lo es que la humana incompletud está en el corazón del campo del conocimiento, por lo que el saber que el sujeto recibe del Otro, llámese padre, maestro, psicoanalista, tiene como característica ser un saber agujereado o en falta, es decir, atravesado por fisuras de diversas magnitudes; de acá que, cada uno, y en consonancia con la ley de su deseo, ha de contribuir a la construcción de nuevos horizontes de intelección.

Por otra parte, ha de enunciar la autoridad, en otras palabras, disciplinar al discípulo en tanto la norma o el límite se constituye en instancia encargada de lograr que el ser humano convierta su insociable sociabilidad en humanidad, parafraseando al filósofo alemán Immanuel Kant. Ahora, la interpelación que usted, agudo lector, podría formular, sería: en el arte de educar, la disciplina que ha de ser enunciada en oposición a los impulsos o pasiones ¿es tarea que le compete solo al discípulo?; y, asumiendo que el maestro está atravesado también

por pasiones, ¿qué podría decirse al respecto? Sin dudar, hemos de tener en cuenta que el quehacer pedagógico está constituido por tres variables, como las formuladas por Johann Friedrich Herbart: objetos que el maestro hace disponibles para el otro, en términos kantianos se diría instrucción; en segundo lugar, estaría el discípulo; finalmente, el maestro. Premisas que hacen posible hablar de praxis pedagógica.

En consonancia con la pregunta objeto de mi investigación, afirmo que acceder al saber



o al aprendizaje, que no es más que hacer uso de la facultad de intelección y razonamiento, le supone al discípulo liberar su cuerpo y espíritu de pasiones, pulsiones e inclinaciones, pues evocando nuevamente el paradigmático caso clínico Juanito, cuando el sujeto se encuentra agitado por las pasiones se hace arrendatario del sufrimiento. En el momento en que la vida afectiva se encuentra abatida por la tormenta pasional se convierte en un instrumento ciego a merced de la voluntad heterónoma de las inclinaciones (Kant), dando como resultado el eclipse de los superiores intereses cognitivos. Y para ello, nada mejor que observar lo que acaece en el aula de clase con algunos adolescentes.

De igual forma, el maestro, en su función de agente regulador encargado de nombrar el límite y la norma al otro, tiene como compromiso ético insoslayable reformar los excesos de lo real y desarrollar la voluntad autónoma del sujeto que se oponga a los impulsos más abyectos que habitan su casa interna. Solo de esta manera logrará, además de pacificar su mundo interior, elevarlo a la dignidad de lo genuinamente humano.

Si hemos de tener en cuenta que la agresión, con sus representantes: impulsos hostiles, de odio, de destrucción o aniquilación hacia sí mismo, el semejante o la naturaleza, son estructurales a todo humano, es decir, tienen carácter permanente en tanto solo desaparecerán una vez que el hombre fenezca, en el arte de enseñar es menester reconocer que más que eliminar las inclinaciones del hom-

bre a agredir, asunto que por demás comporta el carácter de ser un objeto imposible de lograr, la vía para construir es la de aprender

a gobernarlas, bien sea mediante el entendimiento, la razón, o bien desviarlas, desplazarlas hacia otras vías de satisfacción diversas al odio, la destrucción o la aniquilación. Y para ello, ninguna mejor invención que la ¡sublimación!, suprema decisión del ser en uso de su voluntad autónoma.

A la pregunta por el vínculo entre el mundo de las pasiones y el intelecto, con relación al arte de educar, cabe afirmar que el lazo pedagógico requiere que tanto maestro como discípulo construyan el dispositivo que sustituya el poder de las pasiones, que se hace sentimiento de odio, retaliación, rivalidad, humillación, burla, entre otros, por la fuerza de la razón, de las ideas, de la argumentación; en fin, por la conquista de un pensamiento autónomo capaz

de luchar por la verdad y el reconocimiento que supone comprender que el mundo como el saber son realidades susceptibles de ser abordadas desde la diversidad. Como instrumentos operarían los diferentes grupos de investigación que confluyen en la Facultad

**El arte de educar mediante una praxis pedagógica tiene como propósito transmitir la ciencia, o un saber decantado de generación en generación, pues de ser cierto que «si cada quien debiera adquirir de nuevo toda su postura frente a la vida, no existiría en este ámbito ningún progreso ni desarrollo alguno» (Freud, 1979c, p. 159)**



de Educación de la Universidad de Antioquia, a saber: Conversaciones entre Psicoanálisis y Pedagogía, Estudios Culturales sobre las Ciencias y su Enseñanza, Didáctica de la Educación Superior, Formación y Antropología, Pedagogía, por nombrar solo algunos. En la praxis pedagógica la disciplina y los llamados a domeñar el mundo de las pasiones y los impulsos ha de ser una conquista, trascender el poder de la fuerza bruta para situarse en el imperio de la razón, el intelecto y el dominio de la capacidad de argumentación. Si el intelecto y la razón se constituyen en vías capaces de someter el mundo de las pasiones, entonces el maestro y el discípulo tendrán como tarea ética trabajar para colocar a merced de estas el mundo de las pasiones.

Y en relación con el legado de Herbert Gray-Juanito, decimos que, al igual que el pensar, la capacidad de desplazar o sublimar, vía social, impulsos agresivos y sexuales, constituye la praxis educativa, la vía expedita para responder a la pregunta por la disciplina y la transmisión de los límites. Tal como se ha planteado, la sublimación, que se fundamenta en el desplazamiento de mociones sexuales y agresivas hacia metas culturales superiores, representa un modo de satisfacción que trasciende un objeto y un placer parciales, para situarla en otros objetos y modos de satisfacción intelectuales. Esta satisfacción se logra a partir del reconocimiento que otorga a sus logros el orden social. En la sublimación el placer obtenido es diferente al derivado de la represión y el síntoma. Estas líneas formulan como hipótesis de trabajo que el arte de enseñar el do-

meñamiento de la vida pulsional y sus pasiones no es más que disciplinar, normatizar o limitar, y ha de apuntalarse en el fortalecimiento de la inteligibilidad. Es decir, la disciplina ha de ser transmitida según reglas de entendimiento y razón.

La sublimación comporta un carácter ético en tanto permite al ser humano lograr la meta que orienta el decurso de la vida anímica que opera como búsqueda de bienestar y evitación del sufrimiento o dolor. Búsqueda que, en correlación con su deseo, le corresponde asumir a cada uno, tal como enuncia el sabio consejo de Voltaire: «a cada quien le corresponde cultivar su propio jardín» (Freud, 1979d, p. 759). En este sentido, no es posible pensar en fórmulas o recetas magistrales, pues mientras algunos seres humanos erigen una barrera a lo real, a la pulsión de muerte, vía el amor por la profesión, el saber, la escritura, el psicoanálisis, la literatura, el deporte, otros podrán trazar límites a partir del oficio de investigar, el arte, la música, la pintura, la escultura, la gastronomía... ¡Sin lugar a duda, diversas maneras de investir el hueso de lo real!

### Referencias

- Freud, S. (1979a). Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans) En *Obras completas* (vol. 10). (págs. 1-118). Amorrortu.
- Freud, S. (1979b). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. En *Obras completas* (vol. 11). (págs. 55-127). Amorrortu.
- Freud, S. (1979c). Tótem y tabú. En *Obras completas* (vol. 13). (págs. 1-163). Amorrortu.
- Freud, S. (1979d). El malestar en la cultura. En *Obras completas* (vol. 21). (págs. 59-140). Amorrortu.
- Freud, S. (1979e). La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna. En *Obras completas* (vol. 22). (págs. 159-181). Amorrortu.
- Freud, S. (1979f). ¿Por qué la guerra? En *Obras completas* (vol. 22). (págs. 179-198). Amorrortu.
- Freud, S. (1979g). Sobre la conquista del fuego.

- Obras completas* (vol. 22). (págs. 169-179).  
Amorrortu.
- Kant, I. (1983). *Pedagogía*. Akar.
- Lacan, J. (1964). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Texto establecido por Jacques-Alain Miller. Paidós.
- Montaigne, M. (2007). La soledad. En *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)* (8.<sup>a</sup> ed.). (págs. 322-338). Acantilado.
- Nasio, J. (1994). *Enseñanza de siete conceptos cruciales del psicoanálisis*. Gedisa.